

Tardes con Margueritte

Marie-Sabine Roger

Traducción de Sofía Tros de Ilarduya

A Émile y Germaine, Alice y Henry, Louis y Simone. «Veáse: racimos».

A Samuel, Antoine y Cécile. «Veáse: frutos».

He decidido adoptar a Margueritte. Pronto celebrará su octogésimo sexto cumpleaños, más me vale no esperar demasiado, los ancianos tienen tendencia a morir.

Así, si le pasa cualquier cosa, no sé, si se cae en la calle o le dan un tirón del bolso, ahí estaré yo. Podré llegar rápidamente, quitar a la gente de en medio y decirles:

–Vale, está bien, váyanse, ahora me encargo yo: es mi abuela.

No lleva escrito en la frente que sólo sea adoptada.

Podría comprarle el periódico, los caramelos de menta, sentarme con ella en el parque, ir a Les Peupliers los domingos y, si me da la gana, quedarme a comer.

Evidentemente, antes también podía hacerlo, pero me habría sentido como de visita. A partir de ahora lo haré por gusto y también por deber. Ésta es la novedad: las obligaciones familiares. Algo que, lo percibo, me gustará.

Haber conocido a Margueritte me ha cambiado la vida. Tener a alguien en quien pensar con ilusión –alguien que no sea yo, quiero decir– me resulta raro. No estoy acostumbrado. Antes de ella, no había tenido familia.

Bueno, yo me entiendo. Tengo madre, no hay alterna-

tiva. Sencillamente, mi madre y yo, al margen de haber estado unidos el uno al otro durante nueve meses, no hemos compartido demasiado, excepto lo malo. De lo bueno no me acuerdo. También tengo padre, es inevitable, pero no lo disfruté mucho tiempo, se tiró a mi madre y hasta ahí llegamos. Esto que cuento no me ha impedido crecer más que la media de las personas: ciento diez kilos de músculo sin un gramo de grasa, un metro noventa y nueve de altura y lo demás proporcional. Si mis padres me hubieran querido, seguramente se habrían sentido orgullosos de mí. No hubo suerte.

Lo que también me supone una novedad es que, antes de conocer a Margueritte, no había querido a nadie. No hablo de asuntos sexuales, me refiero a sentimientos que no acaban en la cama. Ternura, cariño, confianza y todo eso. Palabras que aún me cuesta un poco pronunciar, porque, antes de Margueritte, nadie me las había dicho directamente. Sentimientos muy decentes y puros.

Quiero dejarlo claro porque, aquí, conozco a gente tan sumamente cretina como para decirme: «Anda, Germain, ¿ahora ligas con abuelitas? ¿Te lo haces con la tercera edad?».

A éstos no me importaría nada meterles un tortazo.

Es una pena que no hubiera conocido a Margueritte cuando realmente me habría sido útil, en la época en que, de crío, me pasaba el día intentando hacer todas las tonterías que pudieran hacerse.

Pero en la vida, no hay que lamentar nada: lo pasado, pasado está.

Yo me he hecho a mí mismo solo, ¿y qué? Aunque no me haya construido según las normas, me sostengo.

En cambio, Margueritte se achaparra, se mantiene de soslayo, doblada sobre las rodillas. Voy a tener que cuidarla si de verdad quiero que me dure. Por mucho que se haga la valiente, es frágil. Tiene unos huesecillos como los de un gorrion, podría romperla con dos dedos, así de fácil. Digo eso por decir, nunca lo haría. ¡Habría que ser un tarado para romper los huesos de tu abuela! Sólo lo menciono para explicar lo delicada que es. Me recuerda a los animalitos de fibra de vidrio que venden en la papelería de Granjean, sobre todo a una cierva del escaparate. ¡Es minúscula, con patitas finas, finas! No más gruesas que una pestaña. Así es Margueritte. Cuando paso por delante de la cierva, la compraría. ¿Qué son tres euros? Pero sé que se me rompería enseguida en el bolsillo. Además, ¿dónde iba a ponerla? En mi casa no hay demasiados estantes para colocar adornos, es pequeña, una caravana.

Al principio, tampoco tenía sitio para Margueritte; en mi interior quiero decir. Cuando empecé a encariñarme, sentí que debía procurarme espacio sólo para ella y mis sentimientos, porque quererla se juntaba con todo lo demás que ya me llenaba el coco, y no lo había previsto. Entonces puse orden. De pronto, caí en la cuenta de que no tenía muchas cosas importantes que guardar. Cargaba con un montón de desorden inútil. Los concursos de la tele, los chistes de la radio, las conversaciones con Jojo Zekuc en el bar-restaurant Chez Francine, las partidas de cartas con Marco, Julien y Landremont. Y luego, las noches que iba a ver a Annette para tirármela, mientras le susurraba pa-

labras de amor. Eso es bueno para el cerebro: no se puede pensar con los huevos llenos. Al menos, no de una forma correcta y profunda.

De Annette, volveré a hablar en otra ocasión. Entre nosotros ya nada es lo mismo.

La primera vez que vi a Margueritte estaba en ese banco de allí, bajo el enorme tilo, junto al estanque. Debían de ser las tres de la tarde, lucía un bonito sol, el tiempo era agradable para la época del año. Eso no es bueno para los árboles: brotan muy pronto y si de golpe hiela, las flores caen y escasean los frutos.

Vestía igual que siempre. Por supuesto, aquel día no podía saber que siempre se vestía de ese modo. Sólo se conoce la manera de actuar de alguien cuando se conoce a la persona. La primera vez uno no puede prever lo que vendrá a continuación. No sabe si os querréis, si, más tarde, recordaréis el primer día, si llegaréis a insultaros o a partiros la cara, o si os haréis colegas. Y todos los «o» y los «si» que se dan por añadidura. Y los «quizá».

Los «quizá» son los peores.

Margueritte estaba allí, sentada sin hacer nada, con la mirada perdida. Justo frente al césped, al final de la alameda principal. Llevaba un vestido estampado con flores grises y violetas, del color de su pelo; una chaqueta gris completamente abotonada y medias y zapatos oscuros. Junto a ella había un bolso negro.

Pensé que no era prudente. Un bolso así, yo lo robo como me da la gana. Cuando digo «yo», no hablo de mí. «Yo» lo utilizo para «la gente», la canalla. Resulta muy fácil deshacerse de una viejecita. Basta con darle un empujón, un golpe seco con la palma de la mano: se cae lanzando un gritito, se rompe la cabeza del fémur y se queda ahí tumbada, casi muerta, y tú –no vosotros ni yo, por supuesto: la canalla– puedes largarte tan tranquilo, de hecho ya estás lejos. No me preguntéis de dónde saco eso. En definitiva, no era prudente.

El lunes que la conocí, podría muy bien no haber ido al parque. Podría haber estado ocupado, no tener ni un minuto libre. ¿Qué os pensáis? Algunos días tengo cosas que hacer: medir con las manos el tronco de los pinos recién plantados a los dos lados de la carretera de circunvalación, para vigilar la deforestación (la mitad de los pinos palmará, estoy seguro, por eso los controlo; no es de extrañar, si observas cómo trabajan los del servicio de jardines del ayuntamiento); entrenarme a correr el mayor tiempo posible, o a disparar con la pistola de perdigones a las latas de cerveza delante de la caravana. Es para la resistencia y los reflejos, por si algún día tengo que escapar de un atentado o salvar a alguna persona, hay que ser previsor. Y un montón de cosas más, cosas muy diferentes. Por ejemplo, tallo trozos de madera con una navaja Opinel. Hago animales, pequeños personajes: gente que veo por la calle, gatos, perros, lo que sea.

O voy al parque a contar las palomas.

De camino, aprovecho para escribir mi nombre, con letras mayúsculas, en la placa de mármol que hay debajo del

soldado del monumento a los muertos. Por supuesto, siempre lo borra alguien del ayuntamiento y luego me echa la bronca: «¡Germain, deja ya de hacer tonterías, nos tienes hartos, la próxima vez lo limpiarás tú!».

Y eso que son rotuladores indelebles –«Que no se puede borrar o quitar. Véase: imborrable»–, me costaron muy caros. De hecho, voy a ir a la papelería a decir que me han timado. Es un robo, ponía: «en cualquier superficie». Y que yo sepa, como diría Margueritte, que habla muy bien, el mármol es una superficie.

De todos modos, no me importa mucho, en cuanto borran el nombre, lo único que tengo que hacer es volver a escribirlo. A la larga, quizá quede allí, soy muy paciente.

Por otra parte, de verdad no entiendo a quién molesta que plantifique mi nombre en la placa: lo escribo abajo del todo. Ni siquiera en orden alfabético, y eso que podría ponerme tiquismiquis, porque Chazes no va al final, ni mucho menos. ¡Podría colocarme el quinto de la lista!

Entre Pierre Boiverte y Ernest Combereau.

Un día se lo dije a Jacques Devallée, el secretario del ayuntamiento. El sujeto asintió con la cabeza y me respondió que, en el fondo, tenía razón y que, efectivamente, las listas de nombres están pensadas para añadir nombres encima.

–Sin embargo –añadió Devallée–, sin embargo, hay un detalle que tener en cuenta...

–Ah, sí, ¿cuál? –le pregunté.

–Pues bueno, si te fijas bien, observarás que todos aquellos cuyos nombres aparecen grabados bajo el monumento a los muertos tienen un punto en común: están muertos.

–¡Ah, claro! –comenté–. Claro, es verdad. Entonces, para

poder estar en la lista hay que haber estirado la pata, ¿es eso?

–En efecto, por ahí anda la idea... –me contestó.

A pesar de los humos que se daba, le dije que el ayuntamiento tendría la obligación de grabar mi nombre en su puta lista cuando hubiera muerto.

–Y, ¿por qué?

–Porque le daré un papel al notario. Le pediré que incluya eso en mi testamento, y las últimas voluntades de un difunto han de respetarse.

–No necesariamente, Germain, no necesariamente...

Aun así, sé lo que me digo. De camino a casa lo pensé: cuando muera (el día que el Señor quiera, y su voluntad será la mía), deseo que escriban mi nombre en esa lista, en quinto lugar, el quinto empezando por arriba, porque es donde me corresponde, ¡sin trampas! Que se las apañen como puedan los imbéciles del ayuntamiento. Un testamento es un testamento, y no hay más que hablar. «Sí –me dije a mí mismo–, haré ese documento. Y pediré que sea el propio Devallée quien grave mi nombre sólo para fastidiar. Iré al despacho del señor Olivier y trataré el asunto con él, es el notario, sabrá qué hay que hacer, digo yo.»

El caso es que, aquel lunes en el que conocí a Margueritte, no pensaba en el monumento a los muertos, tenía otros planes. Había decidido ir a comprar semillas y luego, de vuelta a casa, pasar por el parque para contar las palomas. Eso de contar palomas resulta más complicado de lo que parece: por mucho que te acerques despacio y te quedes quieto mientras las cuentas, no hay nada que hacer, las palomitas empiezan a revolotear y se ponen nerviosas. Jode un poco lo de las palomas.

Como esto siga así, contaré los cisnes. Para empezar se mueven menos y, como sólo hay tres, es más fácil.

Margueritte, pues, estaba sentada en el banco, bajo el tilo, delante del césped. Cuando vi a aquella ancianita, que era de las que parece que van a echar pan para atraer a las palomas, me desanimé. «Otro día perdido –pensé–. Podría dejar para mañana lo de contar pájaros. O para cualquier momento que el Señor designe, a su voluntad.» Para poder contarlas, las palomas tienen que estar tranquilas, por eso, si alguien las altera, mejor dejarlo de inmediato. ¡Esos pájaros son sensibles a las miradas hasta un punto increíble! Casi se podría decir que son pretenciosos. Apenas muestras

interés por ellos, al instante empiezan a dar saltitos, revolotean por todas partes, hinchan el buche...

Y luego va y no. Lo que demuestra que uno se equivoca con la gente: con el Señor, las ancianas y las palomas.

Los pájaros no le hicieron ni caso, se quedaron agrupados, muy formales. La anciana no les tiró miguitas de galleta mientras decía «piiitos, pitos, pitos, piiitos».

Ni me miró por el rabillo del ojo como suele hacer la gente cuando me pongo a contar las palomas.

Se estuvo muy quieta. Y en el preciso momento en que me marchaba, me dijo:

–Diecinueve.

Como estaba a pocos metros, la oí muy bien. Le respondí:

–¿Me habla a mí?

–Le decía que hay diecinueve. Esa pequeña, con una pluma negra en el extremo del ala, ¿la ve? Pues bien, es nueva, imagínese. Lleva aquí desde el sábado.

La cosa me pareció muy fuerte: había calculado el mismo número que ella.

–¿También usted cuenta las palomas? –le pregunté.

Se llevó la mano a la oreja y me respondió:

–¿Cómo dice?

Yo grité:

–¿Si-us-ted-tam-bién-cuen-ta-las-palo-mas?

–Por supuesto que las cuento, joven. Pero, sabe usted, no hace falta gritar. Basta con hablar despacio, articulando bien... Y, bueno, bastante fuerte, si no le importa...

Que me llamara joven me resultó divertido. Aunque, pensándolo bien, no era ninguna tontería. Según se mire puedo

parecer joven o viejo, depende de quién me hable. Pues claro, todo es relativo: «Que no es absoluto».

Para una persona tan anciana yo era joven, eso seguro, aunque esto sea relativo.

Cuando me senté junto a ella, me di cuenta de que realmente era una abuelita muy chiquitita. A veces, usamos expresiones, «alto como un batusi», sin pensar en lo que decimos. Pero, en su caso, no era exagerado: no tocaba el suelo con los pies. En cambio yo siempre tengo que estirar mis larguísimas patas hacia delante.

De manera muy educada, le pregunté:

–¿Viene aquí a menudo?

La abuelita sonrió:

–Casi todos los días que el Buen Dios me da...

–¿Es usted monja? –le dije.

La anciana sacudió la cabeza con aire sorprendido.

–¿Religiosa quiere decir? ¡Ay, Señor, no! ¿Por qué piensa eso?

–No lo sé. Habló del Buen Dios, entonces... Se me ocurrió así, de repente.

Me sentí un poco estúpido. Pero «monja» no es un insulto. Al menos para alguien tan mayor. De todos modos, no pareció ofenderse.

–¡Es curioso, nunca la había visto! –le comenté.

–Tengo por costumbre venir un poco más temprano, si puedo; sin embargo, yo ya lo había observado alguna vez.

–¡Ah! –le respondí.

Al margen de eso, no sé qué otra cosa podría haber contestado.

–Entonces, ¿le gustan las palomas? –me dijo.

–Sí, sobre todo contarlas.

–¡Huy, sí!... ¡Es una tarea cautivadora! Hay que volver a empezar todo el tiempo... –Hablaba de una manera complicada, con florituras y chorraditas, como la gente bien educada. Los viejos, ya se sabe, casi siempre están más pulidos que los jóvenes.

Qué gracioso: mientras decía eso pensaba en los cantos rodados de los ríos, ¡también están perfectamente *pulidos* precisamente porque son *viejos*! A veces, las palabras dicen lo mismo para explicar cosas diferentes, que, si lo piensas bien, significan lo mismo.

Yo ya me entiendo.

Para demostrarle que no era un imbécil de tres al cuarto, le dije:

–Yo también había observado a esa pequeñita, la de la pluma negra. De repente, se me ocurrió llamarla *Pluma negra*. ¿Se ha fijado que las otras no le dejan acercarse mucho a la comida?

–Es verdad. ¿Les pone nombres?

Parecía interesada.

Lo creáis o no, en ese momento descubrí qué se siente al despertar el interés de alguien. Por si no lo sabéis, puedo decíroslo: resulta extraño. Evidentemente, a veces, cuando explico algo, los demás dicen: «No, ¿de verdad? ¿Estás de coña? ¡Maldita sea, vaya historia!». Pero les hablo de cosas que no son realmente personales. Por ejemplo, de un coche que se ha salido de la carretera por la noche, en la curva grande de la costa (vivo justo enfrente, y casi siempre soy yo quien avisa a los bomberos; un día, hasta tuve que ayudarlos a meter a un tipo a cachos en una bolsa, es una autén-

tica mierda de curro, creedme). O bien cuento a mis colegas que los tipos de la fábrica han amenazado con bloquear la salida de la autopista –lo sé porque Annette trabaja en el almacén–, en resumen, sucesos de ese estilo, de actualidad. Pero ¿que alguien se interese por lo que yo hago? ¡Coño!, se me hizo un nudo en la garganta como a un crío. Estuve a punto de echarme a llorar, con eso está todo dicho. Y si hay algo que me jode es llorar. Por suerte para mí, me sucede pocas veces, aparte del día en que me trituré el pie, cuando Landremont y yo hicimos la mudanza de su hermana, y la chica soltó la cómoda, con la excusa de que tenía las manos sudorosas. Cualquiera habría llorado: duele que es un horror. Eso es sólo una anécdota, ahora hablo de auténticas lágrimas. Como la vez que llegué el primero en las carreras interregionales de orientación, justo por delante de Cyril Gontier, un auténtico gilipollas de primera que me hizo la vida imposible durante toda la primaria, y eso no era precisamente lo que más me convenía. O la noche en que me enamoré de Annette, lo que resulta muy sorprendente, porque nos lo montábamos desde hacía más de tres meses. Pero ese día fue tan bonito enrollarme con ella que se me cayeron las lágrimas.

Todo esto es para decir que, a vosotros no sé, pero a mí me da vergüenza llorar. Tengo la nariz más mocosa que un niño de dos años, me caen las lágrimas de los ojos igual que de una fuente y mujo como una vaca en el matadero. Podría decirse que todo en mí es proporcional a mi envergadura, incluidas las penas; pues peor para mí.

Aquella ancianita me conmovió sin querer. No sé por qué, tal vez por la manera tan amable de preguntarme: «¿Les

pone nombres?». O porque parecía muy enternecida. Quizá también porque, la víspera, por la noche, habíamos regado un poco en exceso los cuarenta años de Jojo Zekuk, y no había dormido ni cuatro horas. Pero los «quizá», ya os lo he dicho, no van a ninguna parte.

De todos modos, le respondí:

–Sí, le he puesto un nombre a cada una. Así es más fácil contarlas.

La anciana frunció el ceño.

–¡Ah, sí! Discúlpeme si soy indiscreta, no obstante, confieso que esto me intriga: ¿cómo hace para reconocerlas?

–Buf... ¿Sabe?, es igual que con los críos... ¿Tiene hijos?

–No. ¿Y usted?

–Tampoco.

La anciana asintió con la cabeza sonriendo.

–En ese caso, el ejemplo es pertinente...

Yo no entendía muy bien lo que quería decir, pero daba la impresión de que la mujer quería saber más; sin pensarlo dos veces, seguí hablando:

–De hecho, todas son diferentes... Si no pones atención, no puedes darte cuenta, pero cuando las observas bien, se ve que no hay dos iguales. Tienen su propio carácter, incluso su manera de volar. Por eso digo que son como los niños. Si hubiese tenido críos, estoy seguro de que no las confundiría...

La abuelita sonrió.

–Bueno, si hubiera tenido diecinueve, habría que verlo...

Eso también me hizo gracia a mí.

Y no me río muy a menudo con las mujeres. Al menos, no con las ancianas.

Me resultó extraño, tuve la sensación de que éramos amigos. Bueno, no exactamente amigos, algo parecido. Más tarde descubrí la palabra que me faltaba: «cómplices».

Margueritte dice que cultivarse es intentar subir a lo alto de una montaña. A día de hoy, entiendo mejor lo que eso significa. Cuando estás en el llano, crees que lo ves y lo sabes todo del mundo: la pradera, la alfalfa y las bostas de vaca (el ejemplo es mío). Una buena mañana, coges la mochila y empiezas el ascenso. Cuanto más te alejas, más mengua lo que dejas atrás: las vacas se vuelven tan pequeñas como conejos, como hormigas, como cagarrutas de mosca. En cambio, el paisaje que descubres al subir parece cada vez mayor. Creías que el mundo se terminaba en la colina de enfrente, ¡pues no! Detrás de ésta hay otra, y otra y, un poco más arriba, aún otra. Y luego todo está lleno de colinas. El llano en donde vivías tan tranquilo sólo era un llano igual que muchos otros, ni siquiera el más grande. ¡De hecho era el agujero del culo del mundo! De camino te cruzas con algunas personas, sin embargo, cuanto más te acercas a la cima menos gente hay ¡y más frío pasas! Es una manera de hablar. Una vez coronas la cumbre, te sientes contento y muy fuerte por haber llegado más arriba que los demás. Puedes mirar a lo lejos. Pero, al cabo de un momento, te das cuenta de una tontería: estás solo, sin nadie con quien hablar. Completamente solo y minúsculo.

Y desde la perspectiva de Dios, alabado sea, probablemente tampoco eres más grande que una puta cagarruta de mosca.

Cuando Margueritte me dice: «¿Sabe Germain que la cultura aísla?», seguro que piensa en eso.

Creo que tiene razón, ver siempre la vida desde abajo debe de producir una maldita modorra.

Moraleja, permaneceré a mitad de la pendiente y contento si llego hasta allí.

Ha habido cambios en Chez Francine, en Francine no, en su restaurante.

Una tarde llegué sobre las siete. Francine estaba sola en la barra secando vasos. Me apoyé con las dos manos en el zinc y me incliné para darle un beso. Le dije:

–Hola, ¿va todo bien?

Me di cuenta de que la pregunta era inoportuna porque, de cerca, noté que algo iba mal. Tenía la nariz roja y los ojos a juego.

Rectifiqué la trayectoria y le solté:

–Hola, ¿sucede algo?

–Nada grave... –me dijo con una vocecita.

–¿Estás enferma?

–No, no –me contestó.

–Bueno, entonces, ¿qué te pasa? Parece que se te ha muerto alguien...

Estalló en sollozos y se fue corriendo a la parte de atrás.

Me quedé patidifuso –«Véase: desconcertado»–, con los ojos como platos.

Jojo salió de la cocina haciéndome gestos con la mano, como queriendo decir: «Cierra la boca».

Yo le susurré:

–¿Qué pasa?

–Yuss se ha largado.

–Se ha ido, ¿adónde?

–¡Yo qué sé! Se ha pirado, eso es todo. Ayer, a la hora del cierre, tuvieron una bronca. Él se ha enrollado con una chavalita. A Francine le ha sentado fatal, sería mejor no hurgar en la herida, ¿me entiendes?

Lo comprendía perfectamente. Tanto es así que llevábamos tres años apostando cuánto duraría la relación. Para su edad, Francine aún está muy bien. Pero podría ser la madre de Yuss, si hubiera sido de reproducción precoz. ¡Le lleva dieciséis años! Imaginad, ¡y es celosa! No puede soportar que una chica mire un poco de más a su novio.

Yussuf no es de los que se tira a todo lo que se mueve, pero aun así, para un hombre es normal tener tentaciones sexuales. Mientras sea por salud mental, tampoco es para apedrearlo.

Jojo añadió:

–Te lo cuento a ti, pero que quede entre nosotros, que no se te escape, ¿eh? La chavalita es Stéphanie.

–¡Mierda! –dije.

–Sí, pero cállate –me contestó.

Stéphanie es una cría, ni siquiera ha cumplido los dieciocho. Francine la contrataba para que le hiciese la barra cuando se veía apurada. Y digo eso sin mala intención.

Francine vino a donde estábamos nosotros, moqueando, y yo la consolé lo mejor que pude.

–Terminará por cansarse de esa Stéphanie, ¡ya lo verás!
¡Además, Yussuf es un cachazas, un hombre de costum-

bres! Y él sabe muy bien que gallina vieja hace mejor caldo.

Francine me miró con cara de no poder creérselo, soltó un ayyyyy... y se fue a llorar a otra parte.

Jojo abrió los brazos y me espetó:

–¡Coño, eres impresionante!

–Normal, ¡si puedo echar una mano! –le contesté.

Después tranquilicé a Francine, le expliqué que, aunque ella no estuviera en la lista de las grandes carrocerías, lo importante era su belleza interior. Le cité como ejemplo al señor Massillon y su Simca Versailles negro de 1965: parece una enorme barcaza, siempre se ríen de él, pero le ofrecieron siete mil euros por el Versailles, ¡así que...!

Francine lloró mucho.

Así son las mujeres, tienen que desahogarse. Acabé por dejarla en brazos de Jojo, porque me resultaba un poco incómodo, cuando le decía algo para subirle la moral, lloraba más. Hay personas que no se dejan consolar, es más fuerte que ellas.

Jojo me dijo que no volviera muy pronto, que le diera tiempo para calmarse...

Le contesté que no se preocupara, que tenía que hacer unas compras.

–De acuerdo, ve a hacerlas y tarda un rato en volver.

Lo dejé con Francine. Después de esa historia, me quedé completamente pensativo.

En el fondo, las penas de los demás te resultan útiles. Te das cuenta de la suerte que tienes de no sufrirlas tú y te angustias pensando que eso podría cambiar.

Para empezar, me decía que, aunque no tenga nada que ver, a Annette y a mí algún día podría pasarnos más de lo mismo. Ella tiene treinta y seis tacos, yo cuarenta y cinco. Acabaremos por no estar al mismo ritmo.

Fui al Super U con esa idea atravesada.

